

# DESCARTES ESENCIAL

NO HAY VERDAD SIN EVIDENCIA

Introducción y antología por  
RAMÓN SÁNCHEZ RAMÓN

MONTESINOS / ESENCIAL

# Sumario

## **Introducción: Dios y la mirada inteligente. Esbozo de una biografía intelectual**

1. Un proyecto para una vida (1618-1628)	11
1.1. Dos años de sueños e intuiciones (1618-1620)	12
1.1.1. Primer estrato: una <i>Mathesis universalis</i>	14
1.1.1.1. Los orígenes de la geometría analítica	15
1.1.2. Segundo estrato: un método universal	17
1.1.3. Tercer estrato: la reducción de la física a la intuición	21
1.2. Los años silenciosos (1620-1628)	22
1.3. Un proyecto con los pies en la historia	23
<b>2. Los años decisivos (1628-1637)</b>	<b>26</b>
2.1. La tesis de la creación de las verdades eternas (1630)	27
2.2. <i>El mundo</i> (1633)	29
<b>3. El florit cartesiano (1637-1641): el <i>Discurso</i> y las <i>Meditaciones</i></b>	<b>31</b>
3.1. <i>Discurso del método para conducir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias. La Dióptrica, los Meteoros, la Geometría</i> (1637)	31
3.1.1. El método del <i>Discurso</i>	32
3.1.2. El discurso del método	35
3.2. <i>Meditationes de prima philosophia</i> (1641)	36
3.2.1. La primera meditación y la duda metódica	38
3.2.2. El <i>cogito</i> y la meditación segunda	40
3.2.2.1. El ejemplo de la cera y la substancia extensa	43

3.2.3. Aparece Dios: las meditaciones tercera y cuarta	43
3.2.4. La meditación quinta	46
3.2.4.1. Sobre la certeza en el conocimiento	49
3.2.5. Las cosas, incluido mi cuerpo. La meditación sexta	51

#### **4. Años de fama y madurez (1641-1650). La correspondencia con Isabel de Bohemia y el *Tratado de las pasiones***

Los <i>Principia philosophiae</i> y otros escritos	53
4.1. La correspondencia con Isabel de Bohemia	54
4.1.1. La cuestión del alma y el cuerpo	54
4.1.1.1. La ética	57
4.2. El proyecto en su conjunto: los <i>Principia philosophiae</i>	60
4.3. Una muerte prematura	63

#### **Antología de textos**

1. <i>Reglas para la dirección del ingenio</i> (¿1618-1628?)	67
2. Cartas sobre la creación de las verdades eternas (1630)	78
3. <i>El mundo</i> (1633)	82
4. <i>Discurso del método</i> (1637)	89
5. <i>Meditaciones de Filosofía primera, en las cuales se demuestra la existencia de Dios y la distinción real entre el alma y el cuerpo del hombre</i> (1641, 1647)	113
6. Cartas a Isabel de Bohemia	154
7. <i>Principios de la filosofía</i>	166

#### **Bibliografía**

177

## Introducción: Dios y la mirada inteligente. Esbozo de una biografía intelectual

### 1. Un proyecto para una vida (1618-1628)

René Descartes murió de una pulmonía, en Estocolmo, a las cuatro de la madrugada del día 11 de febrero de 1650. El 31 de marzo habría cumplido 54 años. Su vida coincide, casi exactamente, con la primera mitad del siglo XVII. Cuando nació, en 1596, Francia ensayaba una nueva política religiosa. En 1598, Enrique IV propuso, con el Edicto de Nantes, una fórmula de paz interior, convivencia religiosa y prosperidad general. En 1609, España y las Provincias Unidas de los Países Bajos firmaron la Tregua de los Doce Años. El siglo XVII podía haber sido el siglo de la paz y el progreso económico y científico.

Pero no fue así. El Rey fue asesinado por un católico fanático en 1610 y desde la defenestración de Praga, en 1618, Descartes vio su vida acompañada por la Guerra de los Treinta Años, una época de saqueos, violencia y crisis económica que duró hasta la paz de Westfalia en 1648. Para entonces Inglaterra estaba enzarzada en una guerra civil y Descartes todavía pudo ver cómo Cromwell decapitaba a Carlos I en 1649 y proclamaba una república puritana en nombre de Dios. René Descartes se había refugiado en Holanda. A finales de 1649 aceptó la invitación de Cristina de Suecia para viajar a Estocolmo. El invierno fue muy frío.

Al morir, aparecieron varios papeles inéditos, pero ninguno tan extenso ni esperado como el que los albaceas del filósofo denomina-

trado me parece tan fuerte que no dejaría de creer que estoy obligado a suponerlas en el mundo nuevo que os describo. Pues ¿qué fundamento más firme y sólido se podría encontrar para establecer una verdad, aunque se la quiera elegir a voluntad, que tomar la firmeza e inmutabilidad que hay en Dios?

Pues es el caso que estas dos reglas se siguen claramente de esto solo: que Dios es inmutable y que, puesto que obra siempre del mismo modo, produce siempre el mismo efecto. Porque, suponiendo que ha puesto cierta cantidad de movimiento en toda la materia en general desde el primer instante en que la ha creado, o hay que confesar que conserva siempre la misma cantidad, o no creer que obra siempre del mismo modo. Y si suponemos también que, desde el primer instante, las diversas partes de la materia en que esos movimientos se encuentran desigualmente repartidos han comenzado a conservarlos o transferirlos de una a otra, según hayan podido tener la fuerza para hacerlo, entonces hay que pensar necesariamente que Él las hace continuar siempre del mismo modo. Y esto es lo que contienen esas dos reglas.

44 Añadiría como regla tercera que, cuando un cuerpo se mueve, aunque su movimiento se haga casi siempre en línea curva, y nunca se pueda hacer alguno que no sea circular de alguna manera, tal como se ha dicho más arriba, sin embargo, cada una de sus partes en particular tiende siempre a continuar el suyo en línea recta. Y así, su acción, es decir, la inclinación que tienen a moverse, es diferente de su movimiento.

## Discurso del método (1637)

(Adam-Tannery, VI: *Discours de la méthode pour bien conduire sa raison et chercher la vérité dans les sciences*)

### Primera parte

2 El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo, pues todo el mundo piensa que está tan bien provisto que, incluso los más difíciles de contentar en cualquier otra cosa, no suelen desear más del que tienen<sup>14</sup>. No es verosímil que todos se engañen al opinar así, sino que más bien esto testimonia que el poder de juzgar bien y distinguir lo verdadero de lo falso, que es propiamente lo que llamamos buen sentido o razón, es igual por naturaleza en todos los hombres, y que la diversidad de opiniones no viene de que unos sean más racionales que los otros, sino tan sólo de que llevamos nuestros pensamientos por caminos distintos y no consideramos las mismas cosas. Pues no basta con tener un buen ingenio, sino que lo principal es aplicarlo bien. Las almas más grandes son tan capaces de los mayores vicios como de las mayores virtudes, y quienes caminan lentamente pueden llegar mucho más lejos, si siguen siempre el camino correcto, que no los que corren pero se alejan de él.

Por mi parte, nunca he supuesto que mi espíritu fuera en nada más perfecto que el de la mayoría, incluso he deseado a menudo tener el pensamiento tan rápido, la imaginación tan clara y distinta, o la memoria tan amplia o tan presente como algunos. Y yo no conoz-

14. Sobre este comienzo, ver más arriba *Esbozo: El método del Discurso*.

co otras cualidades que sirvan a la perfección del ingenio, pues, considerando que la razón o sentido es la única cosa que nos hace hombres y nos distingue de las bestias, quiero creer que está entera en  
3 cada uno, y seguir en esto la opinión común de los filósofos, según los cuales no hay más o menos entre las *formas* o naturalezas de los *individuos* de la misma *especie*, sino entre los *accidentes*.

Pero no temo decir que creo haber tenido mucha suerte, porque en mi juventud encontré ciertos caminos que me han conducido a consideraciones y máximas a partir de las cuales he compuesto un método, por el cual me parece que puedo aumentar gradualmente mi conocimiento y llevarlo, poco a poco, al punto más alto que la mediocridad de mi ingenio y la brevedad de mi vida le permitan llegar. Porque he recogido ya tales frutos que, aunque al juzgarme a mí mismo siempre me inclino hacia la desconfianza antes que hacia la presunción y aunque observando con mirada de filósofo las diversas acciones y empresas de los hombres, no hay casi ninguna que no me parezca vana e inútil; aun así, estoy muy satisfecho del progreso que creo haber hecho ya en la búsqueda de la verdad, y de concebir tales esperanzas para el futuro que, si entre las ocupaciones a medida humana de los hombres hay alguna que sea sólidamente buena e importante, me atrevo a creer que es la que yo he escogido.

Sin embargo, puede ser que me equivoque y que lo que he tomado por oro y diamantes sea un poco de cobre y vidrio. Sé cuánto tendemos a equivocarnos en lo que nos concierne y cómo debemos sospechar de los juicios favorables de nuestros amigos. Pero me  
4 quedaría muy satisfecho de enseñar, en este discurso, cuáles son los caminos que he seguido y de presentar en él mi vida como en un cuadro, a fin de que cada uno pueda juzgar y, escuchando entre los rumores las opiniones que haya, tuviera un nuevo medio para instruirme, que añadiría a los que suelo usar.

Así, no me propongo enseñar aquí el método que cada uno debe

seguir para conducir bien la razón, sino solamente hacer ver cómo he aspirado a conducir la mía. Los que se meten a dar preceptos se deben estimar más hábiles que aquellos a quienes los dan, luego son censurables si cometen el menor error. Pero, puesto que propongo este escrito como una historia o, si lo preferís, como una fábula, en la cual, entre algunos ejemplos imitables, quizá se encontrarán otros que se tendrá razón en no seguir, espero que sea útil a algunos sin incomodar a nadie y que todos agradezcan mi franqueza.

He sido criado en el estudio de las letras desde mi infancia y tenía muchísimas ganas de aprenderlas, porque me convencieron de que con ellas se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de todo aquello que es útil para la vida<sup>15</sup>. Pero tan pronto como acabé mis estudios, al final de los cuales se acostumbra a ser aceptado en el grupo de los doctos, cambié enteramente de opinión. Pues me encontraba tan lleno de dudas y errores que, aspirando a instruirme, me parecía no haber sacado otro provecho que ir descubriendo cada vez más mi ignorancia. No obstante, estaba en una  
5 de las escuelas más célebres de Europa<sup>16</sup>, donde creía que debía de haber hombres sabios, si los había en algún sitio en el mundo. Había aprendido todo lo que aprendían los demás e incluso, descontento con las ciencias que nos enseñaban, había repasado todos los libros que habían caído en mis manos sobre las ciencias tenidas por más raras y curiosas<sup>17</sup>. Además, sabía los juicios que los demás

15. Aunque no lo hemos tratado en la *Introducción*, una cuestión siempre presente en Descartes es la utilidad del conocimiento, en física, por las posibles aplicaciones técnicas y, en general, porque nos enseña a conducir nuestra vida adecuadamente.

16. La Flèche. Situado en la región Pays de la Loire, hoy existe como Prytanée National Militaire.

17. Se interesó un tiempo por la magia y las promesas de sabiduría oculta propias del paradigma renacentista, pero las rechazó pronto. En sus viajes de juventud parece que se interesó por los Rosacruces, aunque todavía no existían como sociedad organizada. También sabemos que leyó algo de Llull.

hacían de mí, y no veía que se me considerara inferior a mis discípulos, aunque había algunos entre ellos a los que ya se destinaba a sustituir a nuestros maestros. Nuestro siglo, en fin, me parecía tan floreciente y tan fértil en buenos ingenios, como cualquiera de los precedentes. Por todo lo cual me tomaba la libertad de juzgar a los demás por mí mismo y pensar que no había ninguna doctrina en el mundo como la que se me había hecho esperar en el pasado.

Sin embargo, no dejaba de apreciar los ejercicios que se practican en las escuelas. Sabía que las lenguas que se aprenden son necesarias para entender los libros antiguos; que la gentileza de las fábulas despierta el ingenio; que las acciones memorables de la historia lo elevan y que, cuando se leen con discreción, ayudan a formar el juicio; que la lectura de buenos libros es como una conversación con las personas más honestas de los pasados siglos, que han sido sus autores, incluso una conversación meditada, en la que no nos descubren más que sus mejores pensamientos; que la elocuencia tiene una fuerza y una belleza incomparable; que la poesía tiene delicadezas y dulzuras maravillosas; que las Matemáticas tienen descubrimientos muy sutiles que muy bien pueden servir tanto para contentar a los curiosos como para facilitar todas las artes y disminuir el trabajo de los hombres; que los escritos que tratan de las costumbres contienen muchas enseñanzas y exhortaciones a la virtud que los hacen muy útiles; que la Teología enseña a ganar el Cielo; que la Filosofía proporciona el medio de hablar verosímelmente de todas las cosas y hacerse admirar por los menos sabios; que la Jurisprudencia, la Medicina y otras ciencias aportan honores y riqueza a quienes las cultivan; y, en fin, que es bueno haberlas examinado todas, incluso las más supersticiosas y las más falsas, a fin de conocer su justo valor y guardarse de ser engañado por ellas.

Pero creía que ya había dedicado bastante tiempo a las lenguas e incluso a la lectura de libros antiguos, sus historias y sus fábu-

las<sup>18</sup>. Pues es casi lo mismo conversar con gentes de otros siglos que viajar. Es bueno saber algo de las costumbres de diversos pueblos para juzgar con acierto las nuestras y no creer que todo lo que es contrario a nuestros usos es ridículo, como suelen hacer los que no han visto nada. Pero cuando se dedica demasiado tiempo a viajar, se acaba por ser extranjero en el propio país y cuando se es demasiado curioso de lo que hacían en los siglos pasados, normalmente se ignora lo que se hace hoy en día. Por otra parte, las fábulas hacen imaginar como posibles muchas cosas que no lo son, e incluso las historias más fieles, aunque no cambien ni aumenten el valor de las cosas para hacerlas más dignas de ser leídas, como mínimo omiten casi siempre las circunstancias más bajas y menos ilustres. Por eso ocurre que el resto no aparezca tal como es y que quienes adecuan sus costumbres a los ejemplos que sacan de ellas estén sujetos a caer en las extravagancias de los paladines novelescos y a concebir deseos que sobrepasan sus fuerzas.

Estimaba mucho la elocuencia y estaba enamorado de la poesía, pero pensaba que ambas son dones del ingenio, antes que frutos del estudio. Quienes razonan con fuerza y ordenan mejor sus pensamientos para hacerlos claros e inteligibles siempre son más persuasivos, aunque no hablen más que bajo Bretón y no hayan estudiado retórica jamás. Y los que tienen las más agradables invenciones y las saben expresar con más ornamento y dulzura, no dejaron de ser los mejores poetas aunque desconozcan el arte poética.

Sobre todo, me deleitaba con las Matemáticas, por la certeza y la evidencia de sus razones, pero todavía no me daba cuenta de su verdadera utilidad y, creyendo que no servían más que para las artes mecánicas, me extrañaba que, siendo sus fundamentos tan firmes y sólidos, no se hubiera construido encima nada más relevan-

18. Los estudios de La Flèche incluían latín, griego, francés, historia, literatura y cultura clásica, retórica y filosofía (lógica, física y metafísica).

te<sup>19</sup>. Por el contrario, comparaba los escritos de los antiguos paganos que tratan de las costumbres con palacios muy soberbios y magníficos que estuvieran contruidos sobre arena y barro. Ensalzan muchísimo las virtudes, las hacen parecer estimables por encima de cualquier otra cosa en el mundo, pero no enseñan suficientemente a conocerlas y, a menudo, lo que llaman con un nombre hermoso no es sino insensibilidad, orgullo, desesperación o parricidio<sup>20</sup>.

Reverenciaba nuestra Teología y, como cualquier otro, quería ganar el Cielo, pero habiendo aprendido como algo seguro que el camino no está menos abierto a los más ignorantes que a los más doctos, y que las verdades reveladas que conducen a él están más allá de nuestra inteligencia, nunca hubiera osado someterlos a la debilidad de mis razonamientos. Pensaba que para emprender la tarea de examinarlas y tener éxito se necesitaba ser más que un hombre y alguna extraordinaria asistencia del Cielo.

Nada diré de la Filosofía, sino que teniendo en cuenta que durante siglos ha sido cultivada por los mejores ingenios que han vivido y que, no obstante, todavía no hay nada que no esté en discusión y que no sea, por tanto, dudoso, no era tan presuntuoso como para creer que haría mejores descubrimientos. Considerando, además, cuantas opiniones diferentes puede haber sobre la misma materia que sean sostenidas por los doctos, aunque nunca puede haber más de una verdadera, tuve por prácticamente falso todo lo que no fuera más que verosímil.

19. Esto estaba cambiando, pero Descartes no lo sabía cuando abandonó el colegio. En general, la Matemática se estudiaba como una serie de procedimientos de cálculo para resolver problemas tipo.

20. Efectivamente, las virtudes que a menudo muestran los textos clásicos, a través de historias ejemplares, pueden ser juzgadas así por otra sensibilidad moral. Abundan los ejemplos de suicidio (Séneca, Lucrecia), de padres dispuestos a matar a los hijos por orgullo o hermanos que matan a hermanos (los Horacios), por no hablar de la moralidad de los dioses.

En cuanto a las otras ciencias, teniendo en cuenta que toman sus principios de la Filosofía, juzgaba que no podía haberse construido nada sólido sobre fundamentos tan poco firmes. Ni el honor ni el lucro que prometen eran suficientes para exhortarme a aprenderlas, pues —gracias a Dios— no me veía en tal situación que tuviera que hacer de la ciencia un oficio para aliviar mi fortuna y, aunque no hiciera alarde de menospreciar la gloria como los cínicos, tampoco deseaba la que no se adquiere más que con falsos títulos. En cuanto a las malas doctrinas, en fin, pensaba que ya sabía bastante de su valor como para no engañarme con las promesas de un alquimista, las predicciones de un astrólogo, las imposturas de un mago, o los artificios o jactancias de ninguno de los que hacen profesión de saber más que los demás.

Por todo esto, tan pronto como la edad me liberó de la sujeción a mis preceptores, abandoné completamente el estudio de las letras y, estando resuelto a no buscar más ciencia que la que pudiera encontrar en mí mismo o en el gran libro del mundo, dediqué el resto de mi juventud a viajar, ver cortes y ejércitos, frecuentar gentes de diverso carácter y condición, recoger experiencias diversas, ponerme a prueba en los encuentros que la fortuna me deparara y hacer una reflexión tal que pudiera sacar algún provecho de todo lo que se presentara. Me parecía que podía encontrar mucha más verdad en los razonamientos que cada uno hace en los asuntos que le importan, porque si ha juzgado mal, los acontecimientos posteriores le castigarán enseguida, que en los que hace un estudioso en su retiro sobre especulaciones que no producen ningún efecto, las cuales no le suponen otra consecuencia sino, quizás, que sentirá tanta más vanidad cuanto más alejadas parezcan del sentido común, porque habrá debido emplear tanto más ingenio y artificio para probar a hacerlas verosímiles. Y siempre tenía un deseo extremo de aprender a distinguir lo verdadero de lo falso, para ver claro en mis acciones y caminar seguro por la vida.

Es cierto que, mientras no hacía más que considerar las costumbres de los hombres, no encontraba casi nada seguro y que advertía casi tanta diversidad como la que había visto entre las opiniones de los filósofos. De modo que el provecho más grande que sacaba era que, al ver muchas cosas que eran comúnmente aceptadas y aprobadas por otros grandes pueblos, aunque nos parecen muy extravagantes y ridículas, aprendía a no creer demasiado firmemente en lo que sólo creía por el ejemplo y la costumbre, y así me libraba poco a poco de muchos errores que pueden ofuscar nuestra luz natural y hacernos menos capaces de escuchar a la razón. Pero después de que hube empleado algunos años en estudiar de este modo el libro del mundo y en aspirar a adquirir alguna experiencia, un día tomé la resolución de estudiar también en mí mismo y emplear todas las fuerzas de mi ingenio en elegir los caminos que debía seguir. Creo  
11 que me fue mucho mejor en todo ello que si nunca me hubiera alejado de mi país y de mis libros<sup>21</sup>.

## Segunda parte

Me encontraba por entonces en Alemania, atraído por unas guerras que todavía no han terminado<sup>22</sup>, y cuando me volvía al ejército desde la coronación del Emperador, el comienzo del invierno me retuvo en un cuartel donde, como no encontraba ninguna conversación que me divirtiera y tampoco, por suerte, ninguna preocupación ni pasión que me perturbara, me pasaba el día solo, encerrado en una habitación caldeada, donde tenía todo el ocio necesario para

21. En la Introducción hemos puesto fechas a este resumen biográfico: *Un proyecto para una vida (1618-1628)*.

22. La Guerra de los Treinta Años (1618-1648).

entretenirme en mis pensamientos<sup>23</sup>. Uno de los primeros que tuve fue considerar que, a menudo, no hay tanta perfección entre las obras compuestas de varios trozos, hechas por la mano de varios maestros, como en aquellas en las que ha trabajado sólo uno. Así vemos que los edificios que un solo arquitecto ha emprendido y acabado suelen ser más hermosos y mejor ordenados que los que han sido reformados por varios, haciendo servir muros viejos que fueron construidos para otros fines. Así, esas ciudades antiguas que han sido pequeños burgos y, con el tiempo, han llegado a ser grandes ciudades están ordinariamente tan mal compuestas, si las comparamos con las plazas regulares que un ingeniero traza según su parecer en una llanura, que, aun considerando cada uno de sus edificios aparte, a menudo se encuentra tanto o más arte que en las otras. Sin embargo, viendo como se alinean, aquí uno grande, allá  
12 uno pequeño, y cómo tienen las calles curvas y desiguales, antes se diría que los ha dispuesto la fortuna que no unos hombres provistos de razón<sup>24</sup>. Si se considera que, sin embargo, siempre ha habido unos oficiales encargados de vigilar que los edificios particulares sirvieran al ornamento público, se conocerá bien que es difícil hacer cosas perfectas cuando se trabaja sobre las obras de otros. Así, imaginaba que los pueblos que han ido haciendo sus leyes a medida que les ha obligado la incomodidad de los crímenes y las querellas, porque habiendo sido semisalvajes se han civilizado poco a poco, no podían estar tan bien reglamentados como aquellos que han observado las leyes de algún legislador prudente desde que se reunieron<sup>25</sup>. Tal como es cierto que el orden de la verdadera Iglesia debe

23. Neuburg, 1619.

24. Los descubrimientos y conquistas del XVI habían dado lugar a la fundación de nuevas ciudades, cuyo urbanismo, trazado y ejecutado de acuerdo con un plan, era objeto de discusión como modelo de ciudad perfecta. El contraste con París debía de ser muy evidente.

25. La Antigüedad ha dejado noticia de legisladores famosos, confundidos a



estar incomparablemente mejor reglamentado que todos los demás, puesto que Dios mismo ha hecho sus ordenanzas. Y por hablar de cosas humanas, si Esparta fue tan floreciente antiguamente, no era por la bondad de cada una de sus leyes en particular, pues muchas eran muy extrañas e incluso contrarias a las buenas costumbres, sino porque, habiendo sido inventadas por una sola persona, todas tendían al mismo fin. Así pensaba que las ciencias de los libros, al menos aquellas cuyos argumentos son sólo probables y no contienen ninguna demostración, como han sido compuestas y ampliadas poco a poco con las opiniones de muchas personas, no son en absoluto tan próximas a la verdad como los razonamientos simples que un hombre de buen sentido pueda hacer naturalmente sobre las cosas que se le van presentando. Y así pensaba también que, como hemos sido niños antes que hombres y, necesariamente, hemos sido gobernados mucho tiempo por los apetitos y los preceptores, lo cual suele ser contrario entre sí, y como quizá ni éstos ni aquéllos nos aconsejaban siempre lo mejor, es casi imposible que nuestros juicios sean tan puros y sólidos como lo habrían sido si hubiéramos tenido entero uso de razón desde el nacimiento y nunca nos hubiéramos guiado más que por ella.

Es verdad que no vemos que se derriben todas las casas de una ciudad por el solo deseo de volverlas a levantar de otra manera y hacer más bonitas las calles, pero se ve a menudo que bastantes hacen derribar sus casas para volverlas a levantar e incluso, a veces, cuando los cimientos no están firmes y corren el peligro de derrumbarse solas, no les queda más remedio. Por cuyo ejemplo me persuadía de que no sería prudente que un particular quisiera reformar un Estado, cambiando todo desde los cimientos y destruyéndolo para enderezarlo, ni tampoco reformar el cuerpo de las ciencias o el or-

menudo con la leyenda. En el caso de Esparta, que cita a continuación, el legislador fue Licurgo, del que no sabemos nada con certeza.

den establecido en las escuelas para enseñarlas, sino que lo mejor que podía hacer era decidirme de una vez a abandonar todas las 14 opiniones que había aceptado hasta entonces, para luego sustituirlas por otras mejores o por las mismas, una vez ajustadas a nivel con la razón<sup>26</sup>. Y creía firmemente que por este medio conseguiría conducir mi vida mucho mejor que si construyera sobre cimientos viejos y que si me apoyara sólo sobre los principios que me había dejado inculcar en mi juventud, sin haber examinado nunca si eran verdaderos. Pues, pese a que veía en eso varias dificultades, sin embargo no me parecían tan inevitables, ni comparables a las que se encuentran en la menor reforma de los asuntos públicos. Esos grandes cuerpos políticos son demasiado difíciles de reedificar una vez derribados, o incluso de sostenerlos una vez sacudidos, y sus caídas son siempre muy violentas. Pues, sin duda, sus imperfecciones —si las tienen, y basta pensar en la diversidad que hay entre ellos para asegurar que muchos las tienen— han sido suavizadas por el uso e, incluso, muchas que no habrían sido remediadas tan bien por la prudencia, se habrán evitado o corregido poco a poco. Y, en fin, son casi siempre más soportables de lo que sería cambiarlas, del mismo modo que los sinuosos caminos de las montañas se hacen poco a poco tan lisos y cómodos a fuerza de ser frecuentados, que es mucho mejor seguirlos antes que decidir tirar más recto, saltando por encima de las rocas y descendiendo al fondo de los precipicios.

Por todo esto, no puedo aprobar en absoluto a esos caracteres lian- 15 tes e inquietos, que siempre están ideando alguna reforma nueva, pese a que no han sido llamados ni por su nacimiento ni por su fortuna a la administración de los asuntos públicos. Y si pensara que en este escrito hubiera la menor cosa por la cual fuera sospechoso de

26. Continuando la metáfora arquitectónica, quiere decir que la razón puede usarse como el nivel de los albañiles, para comprobar que estamos construyendo adecuadamente.

esa insensatez, me disgustaría mucho que fuera publicado. Nunca he querido ir más allá de reformar mis propios pensamientos y construir sobre un suelo que está en mí mismo. Porque, aunque mi obra me haya gustado bastante, si expongo aquí el modelo, no es para aconsejar a nadie que lo imite. Aquéllos a los que Diós ha repartido mejores dones seguramente tendrán deseos más sublimes, pero mucho me temo que éste mío sea ya demasiado audaz para muchos. La simple resolución de deshacerse de todas las opiniones que se han aceptado antes no es un ejemplo que todos deban seguir. Prácticamente, en el mundo no hay más que dos tipos de ingenios a los cuales no les conviene de ninguna de las maneras. A saber, por una parte están aquellos que se creen más hábiles de lo que son y no pueden evitar precipitarse en sus juicios, ni tener bastante paciencia para conducir por orden todos sus pensamientos, por lo que, si alguna vez se tomaran la libertad de dudar de los principios que han recibido y apartarse del camino común, jamás podrían seguir el camino que hay que coger para ir recto y quedarían descarriados toda la vida; por otra parte, aquellos que tienen bastante razón o modestia para darse cuenta de que son menos capaces de distinguir lo verdadero de lo falso que algunos otros, por los cuales pueden ser enseñados, y deben mejor contentarse con seguir las opiniones de esos otros, antes que buscar por sí mismos otras mejores.

16 Sin duda yo hubiera sido de estos últimos, si hubiera tenido un solo maestro, o no hubiera conocido las diferencias que siempre ha habido entre las opiniones de los doctos. Pero no podía elegir a nadie cuyas opiniones me parecieran preferibles a las de otro, y me encontraba como obligado a tomar la resolución de guiarme yo mismo, porque desde el colegio había aprendido que no se podía imaginar nada tan extraño e increíble que no haya sido dicho por algún filósofo; y luego, viajando, me había dado cuenta de que todos aquellos que tienen sentimientos muy contrarios a los nuestros no son por ello bárbaros ni salvajes, sino que muchos usan la razón

tanto o más que nosotros; y consideraba que un mismo hombre, con el mismo ingenio, que sea criado desde la infancia entre franceses o alemanes, se convierte en alguien diferente de otro que siempre hubiera vivido entre chinos o caníbales; además, que incluso en las modas de nuestros trajes lo que nos gustaba hace diez años, y quizá nos guste otra vez dentro de diez, nos parece ahora extravagante y ridículo; así que lo que nos convence es más la costumbre y el ejemplo que algún conocimiento cierto, aunque, sin embargo, la pluralidad de voces no prueba nada sobre las verdades algo difíciles de descubrir, porque resulta más verosímil que las haya encontrado sólo un hombre que no todo un pueblo.

17 Pero como aquel que camina solo y en las tinieblas, resolví ir tan despacio y tener tanta prudencia en todo que, aunque no avanzara mucho, al menos me guardaría de caer. Tanto que no quise comenzar a rechazar las opiniones que había aceptado sin haber sido introducidas por la razón, antes de que hubiera dedicado bastante tiempo a hacer el proyecto de la obra que emprendía, y a buscar el verdadero método para llegar al conocimiento de todas las cosas de las que mi ingenio fuera capaz.

Quando era más joven, de la Filosofía había estudiado algo de Lógica, y de las Matemáticas, el Análisis de los geómetras y el Álgebra, tres artes o ciencias que debían contribuir algo, parecía, a mi propósito. Pero, al examinarlas, me di cuenta de que los silogismos y la mayor parte de las otras reglas de la Lógica sirven más para explicar a otros aquello que se sabe o, incluso, como el Arte de Lulio, para hablar sin juicio de lo que se ignora, que para aprenderlo. Y aunque contienen, en efecto, muchos preceptos muy buenos y verdaderos, hay mezclados tantos nocivos o superfluos que es casi tan fatigoso separarlos como sacar una Diana o una Minerva de un bloque de mármol que todavía no está desbastado. En cuanto al Análisis de los antiguos y el Álgebra de los modernos, además de que no se aplican más que a materias muy abstractas y que no parecen útiles, la pri-

18 mera siempre está tan sujeta a la consideración de las figuras, que no puede ejercer el entendimiento sin fatigar mucho la imaginación; y en la segunda se está tan sujeto a ciertas reglas y a ciertas cifras, que se ha convertido en un arte confuso y oscuro que estorba al ingenio en lugar de ser una ciencia que lo cultive<sup>27</sup>. En vista de esto, pensé que hacía falta buscar algún otro método que, incluyendo las ventajas de estos tres, careciera de sus defectos. Y como las muchas leyes suelen servir de excusa para los vicios, de modo que un Estado está mucho mejor reglado cuando tiene muy pocas pero son rigurosamente observadas, así, en lugar de ese gran número de preceptos que componen la Lógica, creí que tendría bastante con los cuatro siguientes, siempre que tomara la resolución firme y constante de no dejar de observarlos ni una sola vez.

El primero fue no aceptar nunca una cosa como verdadera si no conociera con evidencia que lo es. Es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la anticipación, y no incluir en mis juicios nada más que aquello que se presentara tan clara y distintamente a mi ingenio que fuera imposible dudar de ello.

El segundo, dividir cada dificultad que examinara en tantas partes como fuera posible y fueran necesarias para resolverla mejor.

19 El tercero, conducir mis pensamientos con orden, comenzando por los objetos más simples y fáciles de conocer, para subir poco a poco, como por grados, hasta el conocimiento de los más complejos, incluso suponiendo un orden entre aquellos que no se preceden por naturaleza los unos a los otros.

Y el último, hacer siempre recuentos tan exhaustivos y revisiones tan generales, que estuviera seguro de no omitir nada.

27. Antes de la geometría analítica, los problemas se resolvían dibujando con regla y compás, y razonando a partir de la figura. Por su parte, el álgebra encontraba dificultades por la carencia de una notación eficaz, que reflejara con claridad y sin añadidos las relaciones entre números indeterminados.

Cf. *Introducción: Los orígenes de la geometría analítica.*

Esa largas cadenas de razones, muy simples y fáciles, que suelen usar los geómetras para llegar a sus demostraciones más difíciles, me habían dado ocasión de imaginar que todas las cosas que pueden ser conocidas por los hombres se entrelazan de igual manera, y que solamente cuidando de no admitir como verdadera ninguna que no lo sea y guardar siempre el orden necesario para deducir unas de otras, no puede haber ninguna tan alejada que no se llegue a ella, ni tan oculta que no se descubra<sup>28</sup>. Y no me costó mucho encontrar por cuáles debía comenzar, pues ya sabía que era por las más simples y fáciles de conocer, y considerando que entre todos los que antes habían buscado la verdad en las ciencias sólo los matemáticos habían podido encontrar algunas demostraciones, es decir, algunas razones ciertas y evidentes, no tenía ninguna duda de que debía comenzar por las mismas que ellos habían examinado, aunque no esperaba ninguna otra utilidad, sino que acostumbrarían a mi ingenio a alimentarse de verdad y a no contentarse con razones falsas. Aunque no por ello me propuse aprender todas las ciencias particulares que llamamos comúnmente Matemáticas, sino que, al ver que aunque sus objetos fueran diferentes todas coincidían en no considerar más que las diversas relaciones o proporciones que se encuentran en ellos, pensaba que sería mejor examinar solamente esas proporciones en general sin suponerlas más que en las materias que sirvieran para hacerme más fácil su conocimiento, incluso sin referirlas a ninguna de ellas, a fin de poderlas aplicar después mejor a todas aquéllas a las que se adecuen. Después, como me di cuenta de que, para conocerlas, a veces tendría necesidad de considerar a

28. Éste es el texto que parece apoyar con mayor contundencia la lectura según la cual Descartes prevé una construcción deductiva de todo el saber como un sistema. En su contra puede argumentarse que el término "deducir" no tiene en el XVII, ni en el conjunto de la obra cartesiana, el significado estricto que hoy le damos. (p. e. QUINTÁS, *Introducción a su edición del Discurso*). Cf. *Introducción: El proyecto en su conjunto: los Principia philosophiae.*

cada una en particular, y otras veces solo retenerlas o comprender varias en conjunto, pensé que, para considerarlas mejor en particular, debía suponerlas en líneas, pues no encontraba nada más simple, ni que pudiera representar más distintamente en mi imaginación y mis sentidos; mientras que, para retenerlas o comprender varias en conjunto, era preciso que las explicase con algunas cifras, tan cortas como fuera posible. Por este procedimiento tomaba lo mejor del Análisis Geométrico y lo mejor del Álgebra, y corregía los defectos del uno por el otro<sup>29</sup>.

Me atrevo a decir que la observación exacta de esos pocos preceptos que había escogido me dio tal facilidad para aclarar todas las cuestiones propias de esas dos ciencias, que en dos o tres meses que me dediqué a examinarlas, comenzando por las más simples y generales, y siendo cada verdad que encontraba como una regla que me servía después para encontrar otras, no solo resolví varias que antes me habían parecido muy difíciles, sino que al final también me parecía que podía decir cómo y hasta dónde era posible resolver aquellas que ignoraba. En lo cual, quizá no os pareceré tan vanidoso si consideráis que, puesto que no hay más que una verdad en cada cosa, quien la encuentra sabe todo lo que se puede saber. Por ejemplo, se puede asegurar que un niño instruido en Aritmética, que haya hecho una suma siguiendo las reglas, habrá encontrado todo lo que el ingenio humano puede encontrar. De igual modo, en fin, el método que enseña a seguir el orden verdadero y a enumerar exactamente todas las circunstancias de lo que se busca, contiene todo lo que da certeza a las reglas de la Aritmética. Pero lo que más me gustaba de este método era que, con él, estaba seguro de usar en todo mi razón, si no perfectamente, al menos lo mejor que estaba en mi poder, además de que, al practicarlo, sentía

29. Es decir, la geometría analítica. Debió de ser el invierno de 1619, en Neuburg. Cf. *Introducción: Los orígenes de la geometría analítica*.

que mi ingenio se acostumbraba poco a poco a concebir con más claridad y distinción sus objetos, y que, como no lo había sujetado a ninguna materia en particular, me prometía aplicarlo a las dificultades de las otras ciencias con tanta utilidad como lo había hecho a las del Álgebra. No es que por eso me atreviera a emprender por las buenas el examen de todas las ciencias que se presentaran, pues hubiera estado en contra del orden que prescribe, sino que, como viera que todos sus principios debían ser tomados de la Filosofía, en la cual todavía no había encontrado ninguna certeza, pensaba que, antes que nada, hacía falta que tratara de establecerlas en ella. Siendo esto la cosa más importante del mundo, donde la precipitación y la anticipación debían temerse más, no debía acometer la empresa hasta que hubiera alcanzado una edad más madura que los veintitrés años que entonces tenía, y hasta que, previamente, no hubiera empleado mucho tiempo en prepararme, tanto arrancando de mi ingenio todas las malas opiniones que había aceptado antes, como haciendo acopio de muchas experiencias que fueran luego la materia de mis razonamientos, y ejercitándome siempre en el método que me había prescrito, a fin de afianzarme en él cada vez más.

### Tercera parte

(VI, 22-31)

Y en fin, como cuando se ha de reconstruir la casa en la que se vive, no basta con derribarla y hacer provisión de materiales y arquitectos, o ejercitarse uno mismo en la arquitectura, además de haber dibujado cuidadosamente el proyecto, sino que también hay que haberse provisto de otra en la que alojarse cómodamente mientras se trabaja en ello, de tal manera que no me quedara indeciso en mis acciones, mientras la razón me obligara a estarlo en mis juicios, y

para que no dejara de vivir desde entonces tan felizmente como pudiera, me construí una moral provisional, que no consistía más que en tres o cuatro máximas, de las cuales tengo el gusto de haceros partícipes.

- 23 La primera era obedecer las leyes y las costumbres de mi país, conservando constantemente la religión en la cual Dios me ha hecho la gracia de ser enseñado desde mi infancia, y gobernándome en todo lo demás según las opiniones más moderadas y más alejadas del exceso que fueran generalmente practicadas por los más sensatos de aquéllos entre los cuales habría de vivir. Porque comenzando desde entonces a no tener en cuenta para nada las mías propias, puesto que las quería someter todas a examen, estaba seguro de que lo mejor que podía hacer era seguir las opiniones de los más sensatos. Y aunque pueda haber entre los persas y los chinos gente tan sensata como entre nosotros, me pareció que lo más útil era regirme según aquéllos con los que había de vivir. Por otra parte, para saber cuáles eran sus verdaderas opiniones, debía fijarme más en lo que practicaban que en lo que decían, no sólo porque en la corrupción de nuestras costumbres hay pocos que se atrevan a decir todo lo que creen, sino también porque en muchos casos ellos mismos lo ignoran, pues como la acción del pensamiento por la cual se cree una cosa es diferente de aquélla por la cual se sabe que se la cree, a menudo ocurre la una sin la otra. Y entre varias opiniones admitidas por igual, elegía las más moderadas, tanto porque siempre son las más cómodas en la práctica, y verosímelmente las mejores, puesto que todo exceso suele ser malo, como también para, en caso de que me equivocara, apartarme menos del camino verdadero que si, cogiendo un extremo, fuera el otro el que hubiera de haber seguido.
- 24 Cuento particularmente entre los excesos todas aquellas promesas que recortan la libertad. No porque desapruébe las leyes que, para remediar la inconstancia de los espíritus débiles, permiten que se hagan votos o contratos que obliguen a perseverar cuando se tiene

un buen propósito o para la seguridad del comercio, propósito que es indiferente, sino porque como no veía nada en el mundo que permaneciera igual y, en lo que a mí respectaba, me proponía perfeccionar cada vez más mis juicios y no empeorarlos, creía cometer una gran falta contra el buen sentido si, porque entonces aprobara una cosa, me obligara a tenerla por buena después, cuando quizás habría dejado de serlo o yo habría dejado de pensar así.

- 25 Mi segunda máxima era ser lo más firme y resuelto en mis acciones que pudiera y, una vez decidido, seguir las opiniones más dudosas como si fueran muy seguras. Imitando en esto a los viajeros que, si se encuentran perdidos en un bosque, no deben errar dando tumbos para un lado y para el otro, y todavía menos pararse en un sitio, sino caminar siempre lo más recto que puedan en una misma dirección, sin cambiar por pequeñas razones, aunque al principio hayan elegido por azar, pues así, si no llegan a donde querían, al menos llegarán a alguna parte, donde seguramente estarán mejor que en medio del bosque. Así, como a menudo las acciones de la vida no pueden esperar, es una verdad cierta que, cuando no podemos discernir las mejores opiniones, debemos seguir las más probables e, incluso, si no podemos percibir más probabilidad en unas que en otras, sin embargo tenemos que elegir y después considerarlas, en lo que respecta a la práctica, no como dudosas, sino muy verdaderas y ciertas, porque así es la razón que nos ha hecho elegir. Desde entonces, esta máxima me libró de todos los arrepentimientos y remordimientos que suelen agitar las conciencias de los espíritus débiles y vacilantes que se dejan llevar inconstantemente a practicar como si fuera bueno lo que después tendrán por malo.

Mi tercera máxima era proponerme siempre vencerme antes a mí que a la fortuna y cambiar mis deseos antes que el orden del mundo y, en general, acostumbrarme a pensar que no hay nada que esté enteramente en nuestro poder, salvo nuestros pensamientos, de modo que después de haber actuado lo mejor que podíamos, todo lo

que fracase en las cosas que nos son ajenas es absolutamente imposible por lo que a nosotros respecta. Y con esto solo me parece que tengo suficiente para no desear en el futuro nada que no alcance y para quedarme, así, contento. Pues dado que nuestra voluntad no nos lleva por naturaleza a desear más que las cosas que el entendimiento le presenta como posibles de alguna manera, es cierto que, si consideramos todos los bienes que están fuera de nosotros como igualmente alejados de nuestro poder, no nos lamentaremos más de aquellas carencias que parecen deberse a nuestro nacimiento, cuando se nos priva sin falta nuestra, que de no poseer los reinos de la China y México. Haciendo, como suele decirse, de la necesidad virtud, ya no desearemos más estar sanos cuando estamos enfermos, o ser libres estando presos, de lo que deseamos ahora tener el cuerpo de una materia tan poco corruptible como los diamantes o tener alas como los pájaros. Pero confieso que hace falta un largo ejercicio y una meditación constante para acostumbrarse a mirar las cosas desde este punto de vista, y pienso que el secreto de los filósofos que antiguamente pudieron sustraerse al imperio de la Fortuna y rivalizar en felicidad con sus dioses, pese al dolor y la pobreza, consistía principalmente en eso. Pues, al ocuparse continuamente en considerar los límites que la naturaleza les había prescrito, se persuadían tan perfectamente de que sólo los pensamientos estaban en su poder, que ello bastaba para impedirles desear otras cosas, y disponían de ellos tan absolutamente que podían considerarse más ricos, más poderosos, más libres y dichosos que cualquier otro hombre, el cual, si no tuviera esta filosofía, nunca tendría todo lo que quisiera, por muy favorecido que fuera por la fortuna y la naturaleza.

En fin, como conclusión de esta moral, se me ocurrió hacer una revisión de las diversas ocupaciones que los hombres tienen en esta vida, para elegir la mejor y, sin querer decir nada de las de los demás, pensé que lo mejor que podía hacer era continuar con la que tenía, es decir, emplear toda mi vida en cultivar mi razón y avanzar

tanto como pudiera en el conocimiento de la verdad, siguiendo el método que me había prescrito.<sup>30</sup> Desde que había empezado a servirme de tal método, había experimentado alegrías tan grandes, que no creía que se pudieran experimentar más dulces ni más inocentes en esta vida y, al descubrir cada día, gracias a él, algunas verdades que me parecían importantes y generalmente ignoradas por los demás, la satisfacción que recibía llenaba de tal modo mi espíritu que ninguna otra cosa me afectaba. Además, las tres máximas precedentes no estaban fundadas sino en el deseo que tenía de continuar instruyéndome, pues aunque no me hubiera propuesto emplear mi propio juicio en examinarlas cuando llegara el momento, creía que, puesto que Dios nos ha dado a cada uno luz suficiente para separar lo verdadero de lo falso, no me debía contentar con las opiniones de los demás ni un solo momento. No hubiera podido librarme de escrúpulos al seguirlas, si no hubiera esperado no perder por ello ninguna ocasión de encontrarlas mejores, si las había. Por último, no habría sabido limitar mis deseos y estar contento, si no hubiera seguido un camino por donde, además de que estaba seguro de adquirir todos los conocimientos de los que era capaz, lo estaba también de adquirir, por los mismos medios, todos los bienes verdaderos que estaban a mi alcance. Puesto que nuestra voluntad se determina a seguir o huir de alguna cosa según que nuestro entendimiento se la presente buena o mala, basta con juzgar bien para hacer el bien y juzgar lo mejor que se pueda para esmerarse todo lo que uno pueda, es decir, para adquirir todas las virtudes y al mismo tiempo todos los otros bienes que se puedan adquirir, y cuando se está seguro de ello, no se puede dejar de estar contento.

Después de haberme asegurado de estas máximas, y haberlas

30. La revisión de la vida y la elección de un modo de vida perfecto era el punto central de los Ejercicios Espirituales. Cf. *Introducción: Un proyecto con los pies en la historia*.

puesto aparte junto con las verdades de la Fe, que siempre han sido las primeras entre mis convicciones, me parecía que podía comenzar a deshacerme con toda libertad del resto de mis opiniones. Y, puesto que esperaba conseguirlo mejor conversando con los hombres que quedándome más tiempo encerrado en aquella habitación en la que había tenido todos estos pensamientos, todavía no había acabado el invierno cuando volví a viajar. Durante los nueve años que siguieron<sup>31</sup>, no hice otra cosa que rodar por el mundo, aspirando a ser espectador antes que actor en todas las comedias que se representan, y reflexionando en cada materia, especialmente en aquello que la podía hacer sospechosa e inducirnos al error, arrancaba de mi ingenio todos los errores que se hubieran podido deslizar con anterioridad. No es que imitase en esto a los escépticos<sup>32</sup>, que no dudan más que por dudar y fingen siempre estar irresolutos, pues, por el contrario, todo mi propósito era asegurarme y retirar la tierra movediza y la arena hasta encontrar roca o arcilla. Creo que tuve bastante éxito, puesto que al tratar de descubrir la falsedad o la incertidumbre de las proposiciones que examinaba, no por conjeturas débiles sino por razones claras y seguras, no encontré ninguna tan dudosa que no sacara siempre alguna conclusión bastante cierta, aunque fuera que no contenía ninguna cosa cierta. Así como, al derribar una vieja casa, ordinariamente se guardan los escombros para usarlos en la nueva construcción<sup>33</sup>, al destruir todas mis opiniones que juzgaba mal cimentadas hacía diversas observaciones y adquiría experiencias varias que después me han servido para establecer otras más ciertas. Además continuaba ejercitándome en el método que me había prescrito, pues, aparte de que cuidaba de con-

31. De 1619 a 1628, cuando se instaló en Holanda.

32. Es decir, que no es como Montaigne. Cf. *Introducción: Un proyecto con los pies en la historia*.

33. Recupera la metáfora de la construcción. Es muy característico de su estilo que utilice metáforas que van reapareciendo en pasajes posteriores, como un eco.

ducir generalmente todos mis pensamientos según sus reglas, me reservaba de vez en cuando algunas horas que empleaba específicamente en practicarlos en dificultades matemáticas o incluso en aquellas otras que podía hacer casi iguales a las de las Matemáticas, separándolas de todos los principios de las otras ciencias, que no encontraba bastante firmes, tal como veréis que he hecho en muchas cosas que se explican en este volumen<sup>34</sup>. Y, en fin, viviendo en apariencia como los que, no teniendo otra cosa que hacer que pasar una vida dulce e inocente, se aplican a separar los placeres de los vicios, y como los que aprovechan todas las diversiones honestas para disfrutar de su ocio sin aburrirse, no dejaba de perseverar en mi propósito y progresar en el conocimiento de la verdad, quizá mejor que si no hubiera hecho más que leer libros o frecuentar a los sabios.

Sin embargo, estos nueve años se fueron antes de que tomara partido sobre los problemas que suelen ser discutidos entre los doctos y de que comenzara a buscar los cimientos de una Filosofía más cierta que la vulgar. El ejemplo de algunos ingenios excelentes que no parecían haber tenido éxito en el mismo propósito me hacía imaginar tanta dificultad que, si no hubiera visto que algunos hacían correr el rumor de que lo había logrado, quizá no me habría atrevido a comenzar la tarea tan pronto. No sabría decir en qué fundaban esa opinión y, si he contribuido algo por mis discursos, debe de haber sido confesando ignorancia con más ingenuidad de lo que suelen hacerlo los que han estudiado un poco y, quizá también, haciendo ver las razones que tenía para dudar de muchas cosas que otros tenían por ciertas, más que jactándome de tener doctrina alguna. Pero como tengo suficiente corazón para no querer que me tomen por lo que no soy, creí que era necesario que me propusiera por todos los medios hacerme digno de la reputación que se me concedía, y hace justamente ocho años que tal deseo me llevó a alejarme de to-

34. Hay que recordar que el *Discurso* iba seguido de tres tratados científicos.

dos los lugares donde pudiera tener conocidos y retirarme aquí, a un país donde la larga duración de la guerra ha establecido tales disposiciones que los ejércitos que mantiene parecen servir para que se pueda disfrutar de la paz con toda seguridad, y donde he podido vivir tan solitario y oculto como en el desierto más lejano, entre la muchedumbre de un pueblo muy activo, más atento a sus asuntos propios que curioso de los de los demás, sin que me haya faltado ninguna de las comodidades que hay en las ciudades más populosas.

## Meditaciones de filosofía primera, en las cuales se demuestra la existencia de Dios y la distinción real entre el Alma y el Cuerpo del Hombre (1641, 1647)

(Adam-Tannery, IX: *Méditations touchant la première philosophie dans lesquelles l'existence de Dieu et la distinction réelle entre l'âme et le corps de l'homme sont démontrées*)

### 13 **Primera meditación:**

*Sobre las cosas que se pueden poner en duda.*

Ya hace tiempo que me di cuenta de que, desde mi infancia, había aceptado muchas opiniones falsas como verdaderas y que todo lo que después hubiera cimentado sobre principios tan poco seguros había de ser muy dudoso e incierto, de modo que debía proponerme seriamente, una vez en la vida, deshacerme de todas las opiniones que había admitido hasta entonces y comenzar de nuevo desde los cimientos, si quería establecer alguna cosa firme y constante en las ciencias. Pero como semejante propósito me parecía muy grande, he esperado hasta haber alcanzado una edad tan madura, que ya no pueda esperar otra posterior más apropiada para ejecutarlo, lo que me ha hecho retrasarlo tanto tiempo, que a partir de ahora me parecería cometer una falta si todavía dedicara a deliberar el tiempo que me queda para obrar.

Ahora, pues, que mi espíritu está libre de todo cuidado y que me